

ron castos y los labios rojos temblaron con temblores de plegaria.

—¿Cuando yo, loco, intentaba besarte...? —hablaba Andrés, anhelante.

—Yo te quería—afirmaba con fuerza.

—¿Y me golpeabas?—insistía con amorosa extrañeza.

—Era entonces una chiquilla, y tú... tenías novia.

—¿Y ahora Carmela?—preguntó devorándola, adorándola en larga mirada.

—Ahora, Andrés... mis besos serán todos tuyos—prometió, adorable en su sinceridad.

—¡Oh, mi alma! ¡Mi grande y hermosa alma!... En la nobleza de tu amor olvidaré horas negras.

Se miraron, pálidos, conmovidos, y las manos se buscaron, se unieron en silencioso juramento.

Carmela se asustó.

—¡Ah! Se me olvidaba... Madre te espera.

—Vamos. Yo la hablaré. Le diré que tengo desde este inolvidable momento derechos sobre su hija. ¡Seré tu dueño, Carmela!

—Dulce, deseado dueño—susurró ella con dulzura de entrega.

Salieron. La noche había caído y la luna asomaba allá, toda vestida de blanco, sobre las obscuras copas del pinar.

Una sombra de mujer se perfiló en la inmensidad bañada de luna.

Era Dolores, que se alejaba, después de llorar, en el silencio de la noche, su vergüenza y su derrota.

La miraron como se esfumaba, vaga, quieta, como sombra de pasado.

Un soplo de dicha pasaba sobre las jóvenes cabezas, entre sahumerios de frutas y flores silvestres. La luna subía... subía siempre... Carmela era como un lirio inmenso, trémulo, sacudido por la brisa del amor. Andrés, llena la voz de la grandiosa emoción del momento, se acercó más a la dulce amada, la enlazó por la cintura y, atrayéndola sobre su corazón, prometió, besándola en la frente:

—El pasado huye... Mira, Carmela, como se pierde en negruras. Ahora, tú, blanca como divina novia, eres el presente, el porvenir. Gocemos de este exquisito momento, el primero que nos regala tu amor y mi dicha.

LA NOVELA FEMENINA

Año I / Núm. 24

Celsia Regis

Es castellana, de la Vieja Castilla; alumna en un principio de la Normal de Valladolid, más tarde de un internado de Francia, consiguió Celsia Regis una amplísima cultura, que dedicó, desde muy joven, a la defensa de toda causa noble que con la mujer se relacionara.

Es una infatigable paladín del feminismo español, por cuyo triunfo ha realizado y sigue realizando numerosos sacrificios, inacabables propagandas, inusitada labor, sin que la atemoren cansancios ni desengaños. Es una ferviente convencida de que la mujer debe ser igualada al hombre en derechos y deberes y para la conquista de éstos, lucha de manera denodada, con toda la reciedumbre de su carácter castellano.

Celsia Regis, además de ser una «leader» del

feminismo español, de ese feminismo que no debe perder en momento alguno su feminidad, es una literata notabilísima, siendo en extremo interesante por las enseñanzas que encierra su obra «La mujer española en la campaña del Kert», escrita y vivida por sí misma, ya que durante esa campaña penosa fué Celsia Regis enfermera voluntaria en los hospitales de sangre, por cuyos servicios fué más tarde condecorada.

Permaneció unos años prestando servicios de enfermera y de buena madre, entre los heridos de la guerra marroquí y regresada ya a España, su espíritu inquieto, incapaz de vivir en la molicie y en la inactividad que le permitían su elevada clase, volvió con nuevos brios a la lucha por la reivindicación de la mujer y fundó en 1917 «La voz de la mujer»; en 1918, la «Asociación Nacional de mujeres españolas»; en 1919, la «Federación Internacional Feminista»; en 1920, la «Escuela de Tipógrafas»; en 1924 publicó su libro «Galería de españolas ilustres», y en ese mismo año creó la «Unión del feminismo español» y fundó el periódico «Las subsistencias».

Recientemente, en diciembre del corriente año, ha sido nombrada concejal del Ayunta-

miento de Madrid, donde reside, nombramiento justificado y merecidísimo, dados los profundos conocimientos que sobre diversidad de asuntos posee, relacionados todos ellos con la mujer, beneficencia, escuelas, hospitalización, etc., etc.

En la actualidad lleva a la práctica en la villa y corte, la fundación de «La Casa de la Mujer», obra cuya idea brindé también en mi conferencia dada en el Ateneo Barcelonés, en octubre del pasado año 1924 y que Celsia Regis, llena de actividad y entusiasmo, quiere crear y robustecer para el logro de las aspiraciones que las mujeres perseguimos.

LA NOVELA FEMENINA no podía dejar de publicar en sus páginas una narración de esa ilustre dama, que figura hoy, por mérito indiscutible, al frente del feminismo español.

REGINA OPISSO DE LLORENS

LA MEDALLA

A mediados del mes de noviembre de 1874 ingresaba en el presidio de Ceuta, situado en el fuerte del Hacho, para cumplir condena por veinte años, un joven que contaría entonces veinticinco.

El delito por el que se le había condenado era el asesinato de una mujer.

Los periódicos habían relatado el hecho con gran lujo de detalles. Se había desarrollado en una alquería, en la provincia de Málaga.

Una joven hermosísima había sido asesinada a raíz de dar a luz.

El criminal, no sólo se había ensañado en el cadáver, sino que había hecho desaparecer a la criatura recién nacida.

Convicto y confeso del crimen, pero negando siempre haber tenido intervención en la desaparición de la recién nacida, fué el criminal

condenado a la última pena, que le fué commutada por la de cadena perpetua, gracias a las gestiones del pueblo de Málaga, que solicitó su indulto.

Otros indultos posteriores, por acontecimientos políticos, fuéreronle rebajando la pena a veinte años de reclusión, que eran los que tenía que cumplir en el castillo del Hacho.

No tenía el presidiario ese aspecto repulsivo y vulgar que caracteriza a los criminales. El peso de su condena no le hacía bajar la cabeza, por el contrario, miraba frente a frente sin descaro ni osadía, pero con naturalidad, como si fuera una persona decente condenada por error.

Pero había que descartar el supuesto de que la justicia se hubiese equivocado, ya que, como hemos dicho, el criminal había sido condenado en virtud de haberse declarado él, autor del horrendo asesinato.

Dos meses habían transcurrido desde que Armando Cifuentes, que así se llamaba el reo, había ingresado en presidio.

Su conducta era en tal modo correcta, los servicios que le encomendaban los cumplía con tanta rapidez y perfección, que los empleados y jefes del Centro penitenciario empezaron a tenerle alguna consideración, cosa desusada en los reos de delitos tan graves; y estas consideraciones consistían en haberle dado una celda un poco más ventilada que la que tenían otros presos.

La reja de esta celda daba al mar y desde ella se veía la costa de España, que, en días exentos de bruma, se divisan perfectamente.

¡Cuántas veces Armando Cifuentes, agarrado a los barrotes de la reja, se extasiaba contemplando el contorno de la patria! ¡Qué ansias de libertad le acometían entonces!

¿Pero para qué quería él la libertad si no podía presentarse en donde le conocieran?

Se resignaba a su destino, que era pasar allí los veinte años de condena, al cabo de los cuales podría hacer acto de presencia donde vivían los suyos.

¡Veinte años! Cuando hubieran transcurrido tendría él cuarenta y cinco, casi un viejo. La flor de la vida había de pasarla en el encierro.

Veía su existencia destrozada, no tanto por los veinte años que tenía que estar en reclu-

sión, sino por lo que había de venir después.

¡Licenciado de presidio...! ¿Adónde iría con el estigma que imprime una condena, ante el cual se cierran siempre las puertas y corazones de las personas honradas?

La visión del porvenir se le presentó pavorosa y puso un escalofrío de terror en su cuerpo.

Un nudo le oprimió la garganta; las lágrimas acudieron a sus ojos, se retiró de la ventana, y arrojándose sobre el camastro, comenzó a sollozar con desconsuelo.

Las lágrimas le aliviaron; se sintió fuerte y resignado para cumplir con su condena y puso su esperanza en un mejor porvenir.

Volvió a la reja; ya la noche extendía su manto sembrado de estrellas. La luna reflejaba su disco sobre las transparentes aguas del mar aquietado; las olas, en dulce vaivén, lamían la roca sobre la que se yergue el castillo del Hacho.

Armando Cifuentes, emocionado ante el espectáculo de serena majestad que ofrecía la naturaleza, evocó una plegaria, restos de su tiempo de creyente, que le enseñara su madre.

Se sintió feliz al recuerdo de la autora de sus días, que perdió siendo niño, y recordó también a su padre: al anciano venerable, que

al despedirse de él, quizá para siempre, al embarcar en Málaga, pidió a la guardia civil, que le acompañaba, permiso para colgar en su cuello una medalla con la imagen de la Virgen de los Desamparados.

El recluso, instintivamente, llevó la mano a su cuello y asiendo la medalla, la llevó a sus labios reverente.

La fe había aumentado en él; rezó por sus padres, por la mujer adorada, por cuyo asesinato cumplía condena, y se acostó resignado, durmiendo toda la noche.

Al despertar, a la mañana siguiente, besó de nuevo la medalla, la examinó con atención, pues hasta entonces no se había preocupado de aquella reliquia que el amor del padre colocó en su pecho.

Con el minucioso examen le pareció ver que la figura de la Virgen guardaba gran semejanza con la mujer asesinada y la besó una y mil veces con fiebre delirante.

Aparecía la imagen en relieve sobre el fondo liso del metal y su perímetro era aproximadamente el de un duro.

A los besos que la daba pareció ceder la imagen; extrañado de ello el preso, se la quitó de

su cuello y se acercó a la luz de la ventana para examinarla bien.

¡Oh asombro! un resorte que por acaso opri-
mió dividió la medalla en dos mitades, cayendo
de su interior un papelito muy fino, en el que
iba envuelta una sierra de las llamadas de pelo
y sobre el que en menudos caracteres iba el es-
crito siguiente: «Velaré por tu hija hasta que
muera, y por si la vida me faltara antes de
volverte a ver, podrás reconocerla en otra me-
dalla igual que cuelgo de su cuello y en cuyo
interior introduzco tu retrato, el de su madre
y el mío; ten esperanza y no desmayes, y por
si te cansa la prisión y deseas libertad, la si-
erra que te incluyo quizá pueda dártele.»

* *

Se han pasado quince días desde que, atur-
rido de sorpresa, halló Armando Cifuentes el
secreto de la medalla.
Coincidiendo con esto, los periódicos publi-

caron noticias sensacionales sobre un error ju-
dicial.

El verdadero asesino de la joven de la al-
quería de la provincia de Málaga no era el que
había sido sentenciado, sino otro, que al mo-
mento de morir, descargaba su conciencia, con-
fesando la verdad.

¿Qué motivos habían obligado a Armando
Cifuentes a declararse autor de un crimen que
no había cometido?

Vamos a verlo.

* *

El padre de Armando Cifuentes era un colo-
no del dueño de la alquería donde se había co-
metido el crimen.

Viudo desde muy joven, había consagrado su
vida al cultivo de la tierra y al cuidado de su
hijo, por el que se desvelaba en extremo.

Ahorrativo y previsor, a costa de privaciones
infinitas, dió a su hijo educación esmerada, ha-
ciendo que cursara sus estudios de bachiller en

Málaga y los ampliara en Granada, en cuya Universidad se hizo abogado.

Bien comprendía Armando los sacrificios de su padre, a los que él cooperó aprovechando el tiempo cuanto pudo, viéndose en posesión de su título de abogado antes de los veinte años.

El dueño de la alquería era un rico propietario, viudo también, con una hija a la que adoraba tanto más cuanto se criaba endeble y enfermiza.

Armando y Lola compartieron desde niños sus juegos infantiles y se amaban como hermanos.

Las ausencias del primero, en los cursos de estudiante, convertían a la pobre Lola en flor marchita, que cobraba frescura y lozanía al regreso de Armando.

Estos pesares y alegrías la revelaron, ya entrada en la adolescencia, que el amor que sentía por el compañero de la infancia era amor interesado; amor que anhela ser correspondido y fusionarse en lazos indisolubles.

Armando Cifuentes estaba animado de los mismos sentimientos; pero no creía ser merecedor, a pesar de su carrera de abogado, de la mano de Lola, por la diferencia de posición económica.

Sin embargo, Lola y Armando, sin pedirse relaciones, se hicieron novios.

A instancia de ella, fué pedida su mano; pero el padre se la negó y puso el grito en el cielo. ¿Cómo iba él a consentir casar a su hija con un picapleitos, un ladino cazador de dotes?

Primeró la encerraría en un convento, privándose de ella, a pesar de amarla tanto.

La negativa fué rotunda; no cabía ni una lejana esperanza.

Pero Lola y Armando seguían sus relaciones, ocultas, protegidas por una vieja criada.

Las dificultades de verse y poder ser uno del otro, puso fuego en su pasión, y llegó con el tiempo lo que es propio de dos que se quieren con delirio y la ocasión les precipita a concesiones de cariño inconfesables.

Llegó la intimidad y llegó el instante crítico de sentirse Lola madre...

Fué un parto precipitado; del estado interesante de la hija no llegó a enterarse el padre.

Pero aquella noche un anónimo le puso en autos de todo.

Acababa de nacer una niña de siete meses. Armando había sido introducido secretamente en la estancia, a petición de Lola.

Todos los preparativos, dirigidos por una comadrona experta, introducida en secreto, como Armando, se hicieron con gran sigilo y rapidez; y cuando todo se daba por felizmente terminado, apareció el padre de Lola, que al comprobar su deshonra, ciego de ira y coraje, hundió una y mil veces un puñal en su pecho, dejándola sin vida.

Dispuesto a hacer igual con los que allí se encontraban, se volvió para herirles con el mismo puñal ensangrentado; pero se halló solo: Armando y la comadrona habían huído, ésta para poner en salvo a la recién nacida, aquél a entregarse a las autoridades de Málaga, confessándose el autor del asesinato de la hija del dueño de la alquería, pues con su heroico sacrificio quería evitar la infamia que había de caer sobre el padre de la mujer adorada.

* *

El remordimiento del rico propietario minó su salud, y próximo a expirar, confesó ser el asesino de su hija.

Las autoridades revisaron el proceso, examinaron situaciones, interrogaron a testigos y pudieron comprobar la inocencia de Armando.

* *

El comandante militar del fuerte del Hacho recibió un oficio de las autoridades de Málaga, en el que se le ordenaba que pusiese en libertad al recluso Armando Cifuentes.

Todos se alegraban de su inculpabilidad, porque le estimaban y tenían el presentimiento de que era inocente.

Jefes y empleados acudieron a la celda, desosos de abrazar al noble joven, que tan a maravilla sabía cumplir los secretos del honor.

Abrieron la cerradura, descorrieron el cerrojo y al ir a franquear la entrada, retrocedieron, asombrados: Armando no estaba allí. Vieron

dos barrotes de la reja serrados, por los que el recluso se había evadido.

Cuántas investigaciones se hicieron, no dieron resultado alguno, y todos se inclinaron a creer que Armando habría perecido ahogado al arrojarse desde la ventana al mar, desde una altura de más de treinta metros.

**

Han transcurrido veinte años sin que hasta la fecha se haya tenido noticia del paradero de Armando, ni de lo que fuera de su padre, ni de aquella niña cuyo nacimiento fué la causa de la muerte trágica de la madre y de la desventura del hijo del colono.

En África, las emboscadas de los moros siguen haciendo víctimas a los españoles que vienen descuidados.

En la prensa se lee que acaban de copar un campamento, en el que habitaban dos mujeres: la cantinera y su hija, preciosa muchacha de veintiún años.

Son estas mujeres presas de rescates elevados, casi siempre, y los moros suelen respetarlas, muchas veces, por esperar la recompensa metálica unos y granjearse la amistad de las autoridades militares los que actúan como intermediarios.

Madre e hija han sido separadas y alojadas en casas de moros prestigiosos de una cábila del interior, en uno de los aduares más próceros.

Una de estas casas está destinada para alojamiento de la joven Rosario, que así se llama la hija de la cantinera, está habitada por el jefe de familia, llamado Hamed; por Fátima, su mujer, y un hijo de ambos, que se llama Mohatar.

Cuenta este muchacho un año menos que Rosario, es fornido, gracioso de facciones y afable en el trato.

Una secreta atracción le impulsa hacia la cautiva cristiana; se ha identificado bastante con ella a causa de hacer de intérprete entre ella y sus padres, pues Mohatar, que ha acudido con frecuencia a los zocos próximos a Tetuán y Ceuta, se ha relacionado mucho con cristianos y habla bastante bien el español.

Rosario es objeto de mil atenciones por parte

de las tres personas que componen la familia, quisieran ellos que aquella cristiana no se fuera nunca de allí, sobre todo Hamed y Mohatar, pues el primero había notado que su hijo amaba a la prisionera y hubiera deseado la dicha del hijo.

Pero estas esperanzas iban a salir fallidas, pues los trámites del rescate estaban muy adelantados y los moros de aquel aduar esperaban ansiosos recibir el dinero que les correspondiera.

Todo se había ultimado; ya el jefe de la cábila estaba en posesión del precio del rescate y Rosario había de ser conducida al día siguiente a Tetuán para, desde allí, ser entregada a las autoridades militares españolas.

Mohatar estaba triste y desesperado, no se resignaba a perder para siempre la compañía de Rosario y resolvió hablarla bien claramente del afecto que hacia ella le llevaba y proponerla, al mismo tiempo, o que se quedara allí para siempre o le dejara irse con ella y vivir a su lado en España.

**

Era a la caída de la tarde, la víspera en que Rosario había de dejar su cautiverio.

Sentada en un poyo de piedra a la puerta de la casa de Hamed, contemplaba, abstraída, la hermosa puesta del sol.

Su corazón desbordaba de alegría, porque al día siguiente se encontraría otra vez entre los suyos y podría abrazar a su madre, de la que nada había sabido desde que cayó prisionera.

Pero su inmensa alegría se nublaba un poco por tener que abandonar aquella familia mora que tan buena había sido para ella en los cuatro meses que duró su cautiverio.

La presencia de Mohatar la sacó de su abstracción e interrumpió sus meditaciones.

Traía el moro aire de fatiga física y moral. Llegaba de trabajar de la huerta que rodeaba la casa, donde quedaban sus padres ultimando unos cultivos. El había adelantado el regreso para poderse despedir a solas de Rosario.

Se sentó cerca de ella, en cuclillas en el suelo, y empezó a hablarla, a lo primero con embarazo, después con bastante soltura y desparpajo.

Desde el primer día que Rosario entró en casa de Mohatar se había éste acostumbrado a llamarla hermana, y como a hermana empezó

a tratarla aquella tarde última en que se habían de ver.

—Has de saber—comenzó él confidencial—que yo quisiera marcharme contigo a España, porque yo soy español y cristiano.

Rosario creyó que Mohatar deliraba.

Comprendiéndolo así, el moro prosiguió :

—Te he dicho que soy español y cristiano y no te miento, y si no te aburre, para demostrártelo, voy a contarte mi historia :

«Hace muchos años, mi padre, que es español, asesinó a una mujer ; es decir, no la asesinó pero se hizo pasar por el asesino de ella. Por esto fué condenado a cumplir veinte años de reclusión en el presidio de Ceuta.

»De este presidio se escapó, sufriendo en su huída mil calamidades.

»Desde la ventana de su celda cayó al mar, de donde salió nadando, y trepando por las peñas pudo llegar a esconderse entre unas chumberas que rodeaban un huerto propiedad de un moro.

»Tres días permaneció en su escondite, alimentándose de chumbos, al cabo de los cuales fué descubierto por el dueño de la huerta, que le quiso matar, como a perro cristiano ; pero mi padre imploró y le hizo creer que él era

creyente de Mahoma y por eso se había escapado para vivir en Morería.

»Convencido el moro de que mi padre no le engañaba y que la estancia del cristiano en su casa pudiera comprometerle, determinó ayudarle, pues con ello hacía un bien a su religión, ya que aumentaba el número de los creyentes del Profeta, y dándole una carta para unos parientes que vivían en esta cábila, les recomendaba y les decía que protegieran al cristiano, que era mudo de nacimiento y quería convertirse a la religión de ellos.

»Entró a servir mi padre de mozo en esta huerta, donde pasó un año sin hablar una palabra, maltratado siempre, como si fuera una bestia, pues nadie creía que el cristiano mudo creyera en el Profeta.

»Al año siguiente fué de gran calamidad para estos campos, se perdieron las cosechas, y una peste que se declaró en el ganado, diezmó a casi todo.

»Los fanáticos empezaron a decir que la causa de tamaños males era la presencia del cristiano renegado y determinaron darle muerte. Y de ella no se hubiera salvado a no ser que mi padre comenzó a hablarles en árabe.

»La rápida adquisición del uso de la palabra

y que ésta hubiera sido en árabe, llenó de asombro a los amotinados, que creyeron en un milagro de Alá.

»Desde aquel momento todo se trocó en favor para mi padre. El dueño de esta huerta, donde él entró como mozo y en donde tan maltratado había sido, le hizo casar con su única hija y heredera. Ya habrás comprendido que la hija es hoy mi madre.

»Murió mi abuelo y el prestigio de mi padre fué siempre en aumento en esta cábila, donde todos le quieren, le respetan y le temen porque creen que está ungido de la gracia del Profeta.

»Mi padre guarda sobre su origen un secreto impenetrable, pues si los moros supieran la verdad ya le habrían asesinado. Ni siquiera mi madre está en el secreto.

»Yo me enteré porque en una enfermedad grave que tuvo y en la que creyó morir, me hizo depositario de su secreto y además me dijo que en España tenía yo una hermana.

»Me recomendó que no abandonase a mi madre mientras viviera y sólo en el caso de querer ella seguirme, dejara estas tierras.

»Recobró mi padre la salud y todo quedó como antes, pero he de decirte, hermana mía, que ardo en deseos de volar a España.

»Vese mi padre obligado a no volver a su querida patria, pues si fuera descubierto le volverían a apresar para no soltarle nunca.

»Yo quisiera ahora seguirte, si tú no te opones, convenceré a mi padre, con el pretexto de ir a buscar a esa hermana de la que él me ha hablado tanto.»

El relato de Mohatar impresionó vivamente a Rosario; ella conocía la historia de la mujer asesinada en la alquería de la provincia de Málaga, por oírsela contar varias veces a su madre. Y si no recordaba mal, tenía idea que su madre había dicho había conocido al que creían era autor del crimen, pero que a ella le constaba que era inocente.

Resultaba, pues, que Hamed, padre del simpático moro Mohatar, era el mismo Armando Cifuentes.

Rosario contó al joven moro la segunda parte de la historia de su padre, que ellos desconocían, y era como el padre de Lola, antes de morir, había confesado su delito.

Mohatar, ante esta confirmación, creyó morir de alegría; su padre podría ir a España sin temor a ser preso, y se puso en pie de un salto para ir en su busca.

No fué necesaria esta diligencia, porque Hamed acababa de llegar.

Su hijo se le abrazó y le dijo muy quedo, acercándose a su oído, lo que acababa de saber.

Quedó aturdido Cifuentes; fijó su penetrante mirada en Rosario, y un escalofrío recorrió su cuerpo; le pareció tener ante él a la pobre Lola. ¿Era alucinación, o realidad? ¿Cómo era posible que en los cuatro meses que Rosario vivía con ellos él no hubiera descubierto la semejanza de la prisionera con la mujer asesinada?

Creyó soñar. Una fuerza irresistible le empujaba a desear estrechar entre sus brazos a la cautiva y llenarla de caricias. Avanzó hacia ella y Rosario se puso en pie, retrocediendo, asustada.

En el movimiento que hizo al dar un salto hacia atrás, por el escote de la blusa que llevaba, asomó una medalla que pendía de su cuello.

Una exclamación unánime salió de los labios de Hamed y Mohatar: «¡Hija mía!», «¡Hermana mía!»

Rosario se aturdió y de un modo inconsciente cayó en los brazos de aquellos dos hombres

dejándose acariciar. La voz de la sangre había hablado en ella.

Pero luego creyó que soñaba; aquello debía ser una pesadilla. Ella tenía a su madre, de su padre no recordaba, la decían que había muerto siendo ella muy pequeña. Sólo tenía presente a su abuelo, que había muerto hacía diez años.

¿Qué extraño enigma rodeaba todo aquello?

Fácilmente lo supo en seguida cuando al ver que sobre el pecho de Mohatar colgaba una medalla igual a la que ella llevaba.

**

Sobre mugrienta colchoneta, en la pieza principal de la casa de Hamed, se sienta éste. Tiene a su derecha a Rosario y a su izquierda a Mohatar. La mora está enfrente de ellos sentada en el suelo sobre un tosco cojín y mira asombrada la escena que ante ella tiene lugar.

No entiende una palabra de lo que los tres hablan en correcto español, sólo ve que su marido ha quitado del cuello de su hijo una me-

dalla, en la que oprimió un resorte, y de ella ha sacado un papelito que da a leer a Rosario.

Toma luego la medalla de ésta, en todo igual a la primera, y oprimiendo el resorte consabido aparecen las tres fotografías de que le hablaba su padre en el papelito.

Rosario ha dado una exclamación: ha reconocido en una de ellas a su abuelo, y en la otra, aunque muy aventajado, al que la llama su hija.

Queda el misterio aclarado, cuando echando mano a su bolsillo saca de él un minúsculo retrato: el de su madre, que al verlo Armando Cifuentes reconoce en él a la comadrona que llevó la niña, de la cual no se separó jamás, criándola como si fuera su hija.

*
**

Sólo ha transcurrido un año, y Armando Cifuentes, muy popular en Tetuán, explota con sus hijos la industria de un café muy frecuentado por la colonia cristiana. No ha querido abandonar ni el nombre de Hamed ni la indu-

mentaria mora, porque sabe que de este modo podrá ayudar, si el caso se presenta, a la causa de España, con su influencia personal y conocimiento que tiene de las costumbres y lengua de los árabes.

Con ellos vive, formando una sola familia la comadrona rescatada, que sigue pasando como madre de Rosario, pues madre fué para ella.

CELSIA REGIS

NOVELAS PUBLICADAS

18. **EL...**, por María Doménech de Cañellas.
19. **MAR ADENTRO**, por Regina Opisso de Llorens.
20. **EL SILENCIO DEL HIJO**, por Carmen de Burgos (Colombine).
21. **AGUA DE NIEVE**, por Concha Espina.
22. **POR LA DICHA**, por Carmen Karr.
23. **CARMELA**, por Angela Graupera.
24. **LA MEDALLA**, por Celsia Regis.

PROXIMOS NUMEROS DE
«LA NOVELA FEMENINA»

25. **COMPENSACION**, por la celebrada escritora Carmen de Abad (Maruja).
26. **LA EXOTICA**, preciosa novela de alto valor psíquico, por Margarita Nelken.
27. **DESDE LAS CUMBRES**, por la distinguida novelista Amalia Carvia.

P R O X I M A M E N T E

Selectas novelas de las notables escritoras **Gloria de la Prada, Sara Insua, Ivonne Ferrer, etc.**